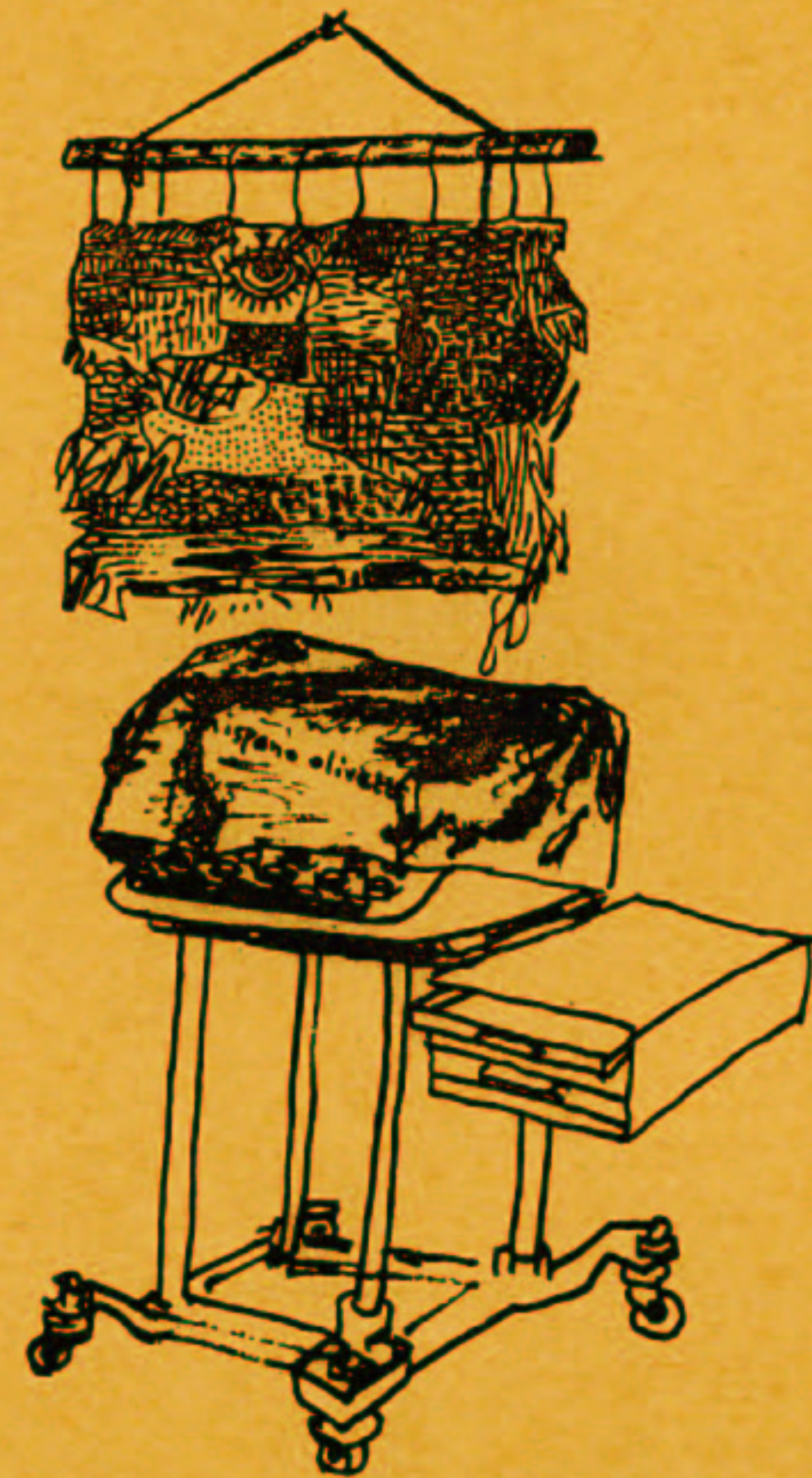


QUERVO

Cuadernos de Cultura

DOS RELATOS
de
R.Orozco y V.Muñoz S.



«Una vez, en triste medianoche,
cuando, cansado y mustio, examinaba
infolios raros de olvidada ciencia,
mientras cabeceaba adormecido,
oí de pronto que alguien golpeaba
en mi puerta, llamando suavemente.
—Es, sin duda —murmuré—, un visitante...
Sólo esto, y nada más...»

(The Raven; E. Allan Poe)



Jolly Joker



QUERVO

Cuadernos de Cultura
Separata núm. 6
Noviembre - 1982

Dibujo de la portada:

V. Muñoz Suay

Editan:

Pablo Lluch,
Isabel Burdiel y
José María Izquierdo

Redacción:

José María Izquierdo
C/. Rodríguez de Cepeda, 42, 12
Tel. 360 16 29
VALENCIA

Imprime:

OCMO
C/. Actor Lloréns, 11 bajo
Tel. 361 03 46
VALENCIA

Depósito legal:

V. 2.087/1982



DOS RELATOS
de
Ricardo Orozco
y
Vicente Muñoz Suay



Ediciones
79 x
25 x
1987
Vicente Muñoz Suay
Deposito legal
V. 2.067/1987

DOS RELATOS
de
Ricardo Orozco
y
Vicente Muñoz Suay

El día que muere un hombre
sevilla al viento del mar
y después en la ribera
descansa en la arena

El día que muere un hombre
sevilla al viento del mar
y después en la ribera
descansa en la arena
y el día que muere un hombre
sevilla al viento del mar
y después en la ribera
descansa en la arena

R. Alberti

Si mi voz muriera en tierra
llevadla al nivel del mar
y dejadla en la ribera
(dejadla en la ribera)

.....
... mi voz condecorada
con la insingnia marinera
sobre el corazón un ancla
y sobre el ancla una estrella
y sobre la estrella el viento
y sobre el viento la vela!

R. Alberti

INTRODUCCION
de
María Fernanda Mancebo

Cuadernos de Cultura «Quérvo» prepara la edición del décimo número de *El Sobre Literario* que, a causa de las extensas y necias mutilaciones de la censura de la época, no llegó a ser impreso. *El Sobre Literario* fue una revista que apareció en 1950 y sólo vivió tres años. Formalmente se presentaba como un sobre apaisado con una portada —el anverso del sobre—, ya por sí valiosa, que reproducía grabados originales de los mismos colaboradores (Antonio Edo, Vicente Muñoz «Vic», Pont Segrelles) o de pintores y grabadores de fama reconocida, como Eduardo Vicente, Zamorano, Gumbau, Esteve Edo, etc. El interior contenía una serie de entregas de ensayo, poesía, novela y crítica, escritas en general por jóvenes valores —muchos de ellos destacaron posteriormente en el panorama cultural español—, que se enfrentaban a un ambiente hostil y trataban de abrir una brecha en la indiferencia y de despertar la esperanza acorralada.

Los jóvenes del franquismo no han podido decir, como los alemanes: «Nosotros, los niños del milagro». Nuestra recuperación —en todos los sectores— fue muy lenta y muy dura. Hoy aún está por descubrir gran parte de aquella «Edad de plata» de que habla J. C. Mainer. La censura de la postguerra, pese a ligeras fisuras, rompió la continuidad del ámbito cultural que artistas e intelectuales de la República habían creado en consonancia con el entorno europeo. No ha sido fácil remontar el exilio, la represión y la muerte.

Presentamos hoy los cuentos —bien escritos, bien contruidos, aparentemente simples, pero que son muestra de una gran sensibilidad — de dos colaboradores de aquella revista.

El primero, de Ricardo Orozco, director de *El Sobre*, rememora el inicio del escritor que hoy es. Casi toda la producción impresa de R. O. ha visto la luz en el extranjero. La mayor parte de su obra, sin embargo, continúa inédita. En 1953 la censura prohibió también la publicación de *Can* (1942) y *El cuarto oscuro de la vida* (1943), obra que en principio fue llamada por el autor *La cuarta pared*. *Can* logró ser representada en 1960 en Toulouse, «en una elaborada lectura-espectáculo con movimiento escénico,

cuidada luminotecnia y música de fondo», junto con «Milagro», de Lauro Olmo, por los «Amigos del Teatro Español», en la sesión de clausura de la temporada de aquel año. Esta obra, con *El cuarto oscuro...* y *Sinfonía raspante* ha sido editada recientemente en Valencia (1981) por F. Torres, con subvención del Ayuntamiento. En España, como separata de *El Sobre*, apareció su largo poema *Condena y absolución del hombre* (1951); Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife (1957), le editó *Nos bastaría el amor*, y Aguilar, Madrid (1957), publicó *Extraño castigo*. El resto, excepto colaboraciones aparecidas en *Insula*, *Vértice*, de Coimbra, y en el mismo *Sobre*, se publicó en la Argentina, su lugar de residencia entre 1957 y 1977. Así *El hombre del Colectivo*, Buenos Aires, 1966, «mundo múltiple, heterogéneo, lanzado a vertiginosa velocidad hacia una incierta meta, parada o *ESQUINA final*» o *Biopantografía*, Buenos Aires, 1977, «pantografía de la vida, por un lado, y de los propios personajes del relato inicial por otro», plurinovela, forma de novelar que, según Orozco, inicia Cervantes con su *Quijote*. También en Argentina dio a conocer dos obras teatrales: *Puño o Fintas hacia la noche*, y *Kazimierz*. Colaboró en *Sur*, *La Nación* y *la Voz del Interior* con numerosos cuentos y artículos muy personales sobre literatura española. A pesar de todo esto, R. O. sigue siendo entre nosotros un poeta, novelista y autor teatral, casi completamente desconocido, contemporáneo de grandes autores también censurados cuya relación sería interminable.

El segundo cuento, de Vicente Muñoz Suay, tiene un carácter muy distinto. Escrito recientemente, revela el trasfondo trágico —apenas encubierto por una fina ironía— que marcó su juvenil y esperanzador comienzo. Muy joven aún cuando acabó la guerra, obligado como tantos otros a trabajar para sobrevivir en la desdichada postguerra, publicó algunos poemas y artículos en *El Sobre Literario*, siendo autor de gran número de viñetas e ilustraciones de dicha revista. Tradujo —dice que mal— el *Adonais*, de Shelley, Madrid, 1946, editado con el gusto que evidencia cualquier trabajo suyo, reproduciendo un viejo grabado que representa al poeta inglés. Dedicado al quehacer literario desde hace 2/3 años —puesto que debía hacerlo—, tiene varias novelas inéditas y algunos cuentos, de los cuales es muestra el que hoy presentamos.

Ambos, R.O. y V.M.S., pertenecieron a la F.U.E. (Federación Universitaria Escolar), el movimiento estudiantil que surgió en los años finales de la Dictadura de Primo de Rivera y que tras la proclamación de la República ostentó la representación oficial de los estudiantes en los claustros de institutos y facultades, así como en la Junta de Gobierno y Consejo de la Universidad. Durante la guerra trabajaron en la redacción de *Vanguardia*, diario del ejército republicano de Levante, fundado, y dirigido en su primera etapa, por José Bueno, colaborador de *Nuestra Cultura*, y luego por Francisco Bolea, compañeros de la misma organización estudiantil.

Sentimos como un deber —tal como V.M.S. siente el de escribir— el rescatar —lanzar al mar y a la estrella su voz, su palabra— la producción de estos hombres, condenados como tantos otros al exilio interior y al silencio.

María Fernanda Mancebo

Amor, H.O. y V.M.S., pertenecieron a la F.U.E. (Federación
 Universitaria Escolar), el movimiento estudiantil que surgió en
 los años finales de la Dictadura de Primo de Rivera y que tras la
 proclamación de la República ostentó la representación oficial de
 los estudiantes en los claustros de institutos y facultades, así
 como en la Junta de Gobierno y Consejo de la Universidad.
 Durante la guerra trabajaron en la redacción de *Vanguardia*,
 diario del ejército republicano de Levante, fundado y dirigido en
 su primera etapa por José Buco, colaborador de Nuestra Ca-
 usa, y luego por Francisco Holes, compañeros de la misma
 organización estudiantil.
 Sentimos como un deber —tal como V.M.S. siente el de
 escribir— el rescatar —lanzar al mar y a la estrella su voz, su
 palabra— la producción de estos hombres, condenados como
 tantos otros al exilio interior y al silencio.

Maria Fernanda Mancho

...

...

No le había dado el tiempo necesario para que se
 instalara en la nueva casa, cuando ya me encontraba en
 la cama. Era una cama que había comprado en la
 ciudad de Madrid y que me había traído conmigo desde
 España. Después de haber vivido en el exilio durante
 muchos años, me sentía muy a gusto en mi nueva casa.
 El día y la noche eran como en España, pero
 con una diferencia: aquí no había nadie que
 me conociera. Era una sensación extraña y
 a veces triste. Después de haber vivido en el
 exilio durante muchos años, me sentía muy a
 gusto en mi nueva casa. El día y la noche
 eran como en España, pero con una diferencia:
 aquí no había nadie que me conociera. Era
 una sensación extraña y a veces triste.

BORRAR UN DIARIO
 por
Ricardo Orozco

En aquella época el gran inconveniente para escribir sus cuentos consistía en la falta de papel. Cuando un cuaderno de clase ya estaba gastado le arrancaba las tapas y, doblándolas, confeccionaba con ellas una pequeña libreta con ganchito y todo. A veces a esto podía agregar alguna hoja en blanco, salvada de entre las páginas finales del propio cuaderno. Pero lo más corriente era que utilizase el papel de estraza procedente de las compras en el ultramarinos. En algunas ocasiones no estaba tan arrugado ni resultaba tan basto como para no poder escribir sobre él con su lápiz, por más que la punta de éste se desgastara a cada momento. Pasaría algún tiempo antes de que su padre le regalara las primeras cuartillas, que por otra parte le coaccionaron con su blancura cuando se vio ante ellas.

No le faltaba imaginación. Con su hermano menor siempre estaba planeando cosas. Jugaban mucho a las figuritas, pero no a lanzar una sobre otra para ver quién ganaba, ni tampoco a coleccionarlas. Esa clase de figuritas o cromos no atraía su interés. Cogían el periódico del día anterior y, de un anuncio, recortaban un señor y una señora, bien parecidos y preferentemente de cuerpo entero. Después les hacían vivir una existencia como la de cualquier persona mayor.

El señor y la señora tenían su casa, a veces con todas las comodidades, hasta con auto esperándoles a la puerta o guardado en el garaje. Si el señor no sabía o no quería conducir tenía su chofer, también recortado del diario y vestido de uniforme. Había, además, hijos y criados, e incluso mayordomos si la casa era de postín. Los autos solían ser cajitas de cartón o de metal donde pudieran instalarse bien los viajeros.

Una familia visitaba a la otra, se organizaban excursiones, y no faltaban, asimismo, los lugares habituales de trabajo, donde cada señor tenía su oficina. También había accidentes, choques, operaciones quirúrgicas y, de vez en cuando, guerras con intervención de los correspondientes soldados.

El y su hermano se pasaban horas enteras en el suelo, partícipes de esa existencia que vivían a su modo, como encarnados en las figuras recortadas.

Por debajo de aquel juego había todo un submundo de luchas e intrigas de ambos hermanos, a fin de asegurarse la posibilidad de continuarlo y ver de lograr el mejor *status* para sus propios protagonistas. Los diarios no siempre llevaban figuras recortables dignas de pasar a ese mundo imaginario. Entonces había que recurrir a revistas que los mayores querían mantener intactas, o incluso a libros. Él estuvo mucho tiempo atosigando a su hermana para que le cediera una enciclopedia que ya no usaba. Cuando la obtuvo, al fin, se apresuró a recortar las figuras que ansiaba introducir en aquel mundo mágico del juego. Hubo, por supuesto, el consiguiente escándalo ante aquella aberración de destrozar el libro: su hermana se indignó e intervinieron los padres. Pero las figuras estaban muertas en la enciclopedia — por muy ilustrativas que fueran— y al recortarlas y participar en sus juegos adquirieron una vida extraordinaria, más allá de su anterior existencia real. Esto no lo sabía él en ese entonces ni lo supieron los demás.

Otro problema era el de conseguir automóviles para sus protagonistas, cosa que no resultaba fácil por no abundar las cajitas —sobre todo las metálicas— de que quisieran prescindir los mayores. Ruegos, zalamerías, argucias y no pocos disgustos les costaba obtener aquellos objetos, que enseguida se transformaban en modestos o lujosos vehículos.

Construir las casas era más sencillo: para ello podían utilizar rezagos de viejos juegos de arquitectura, con los que demarcaban las diversas habitaciones, o bien simples tiras de cartón o de papel colocadas convenientemente. Los solares podían ser el propio piso del cuarto donde jugaban, un almohadón, una mesita, una silla o cualquier otro mueble adecuado. Había, como en la vida, valles y montañas, pisos bajos y altos. Y como en la vida, asimismo, los protagonistas de sus juegos iban muriendo por desgaste o por accidente: el papel —sobre todo el de diario— era muy feble. Eso cuando no morían por aburrimiento de sus dueños, que se prendaban de otros personajes: tal vez del figurín de una gran tienda que liquidaba existencias, un caballero bien trajeado, de sem-

blante enérgico y sombrero impecable, o una dama atildada hasta el extremo y de deslumbrante belleza. Lo más probable era que, después de algún tiempo, fueran a parar sucesivamente a la basura, para ser reemplazados por otros. Tenían, pues, una vida efímera, pero vida al fin, no imaginada seguramente por los dibujantes o por los fotógrafos —ni por los propios fotografiados— en el momento de plasmarlos en el dibujo o la foto.

Lo más espectacular eran las batallas, con ejércitos de soldados de cartulina comprados en algún kiosco y recortados penosamente. Lanzados al aire de dos en dos o en grupos, al que caía del revés se le consideraba herido o muerto y era retirado del campo de combate. Cuando se cansaban de la lucha resurgían las señoras y los señores elegantes, para reanudar su vida normal e ir de compras o a sus oficinas.

Él, entre juego y juego, y aparte de acudir al colegio y salir a pasear, escribía. Se le ocurría un argumento y buscaba papel y lápiz para desarrollarlo. A veces, ya preparada la minilibreta, la inspiración desaparecía como por encanto y al final tenía que desistir, dejándolo todo para mejor ocasión. Pero lo común era que hubiese mayor inspiración que papel donde volcarla.

Por eso un día imaginó de pronto lo que sería poder disponer de todo un periódico en blanco para ir escribiendo sus cuentos. Pensó en aquellas hojas grandes, inmensas, todas para él, y le dominó el entusiasmo. Buscó un diario atrasado, sacó de su plumier una goma de borrar y, encerrado en el cuarto donde solían jugar él y su hermano, se entregó a la tarea. Había extendido en el suelo el diario y, mientras lo sostenía con una mano, con la otra pasaba la goma sobre la letra impresa. Una y otra vez; al principio suavemente, para no romper el papel, y luego con mayor energía, hasta que lo rasgaba y probaba por otro sitio.

Avanzó poco o casi nada: el papel, donde no estaba roto, aparecía borroneado y sucio, todo manchado de negro. El brazo le dolía y la goma había quedado reducida al tamaño de una miguita de pan. Interrumpió su tarea, con desaliento.

Entonces fue cuando su padre entró en el cuarto y quiso saber qué hacía. No mostró sorpresa por la idea de que tratara de borrar el diario, como si fuera la cosa más natural del mundo;

pero le dijo que aquello resultaba muy difícil, por no decir imposible, que la tinta de imprenta era muy firme, poco menos que indeleble, y no se borraba así como así. También le explicó que, en último caso, aquel diario viejo únicamente podría haber contribuido —de ser destinado a ello— a la elaboración de pasta de papel. Habría sido una forma indirecta de renacer, aunque el nuevo papel, luego, sólo conservara una reminiscencia no identificable del antiguo.

Ese mismo día su padre le regaló un buen montón de cuartillas, para compensarle de su desilusión.

—Pídemme más cuando las necesites.

Era como su espaldarazo de escritor, al menos en el ámbito familiar.

Y entonces fue cuando le deslumbró la nitidez del papel, sin el habitual rayado de las páginas de los cuadernos, y en un primer momento no se atrevió más que a palpar su tersura.

No he podido decirlo. Y ahora mi hijo me sujeta la mandíbula con el cinturón de una bata, haciendo un nudo en la parte superior de mi cráneo, y me coloca dos monedas sobre los párpados para que los ojos se me mantengan cerrados. Y antes mi sobrina había estado tratando de encontrar mi pulso y había pegado su oreja a mi pecho para escuchar el latido de mi corazón, y me había puesto un espejo frente a la boca para ver si mi aliento manchaba de vaho el cristal azogado.

El balcón queda a mi derecha. A través de los cristales y visillos penetran las primeras luces de la tarde, doradas y tibias, y el sonido confuso de la calle: unas voces, el frenazo de un automóvil, una música que se aleja y vuelve y se aleja.

Llega el médico, que encuentra mi cuerpo todavía templado, y el sacerdote, que me examina por encima de sus lentes. «Oh, Señor, que resucitaste al hijo de la viuda de Naim, dale el descanso eterno y el lugar del perdón. Tú, Señor, que resucitaste a Lázaro del sepulcro, dale el descanso eterno y el lugar del perdón»...

Van acudiendo los vecinos, el portero, un pariente que vive cerca.

—¿Cómo ha sido? No sabía nada. Me he enterado por Pablo.

Entran y salen. Nadie quiere estar mucho tiempo conmigo, y resulto incómodo. Se deslizan en la alcoba porque estiman que es su deber, simplemente. Me observan un poco, susurran una oración y se retiran.

Mi hijo me mira de tiempo en tiempo, desde la puerta, con el miedo de seguir encontrándome allí, seguro de hallarme.

Acuden unos hombres con uniforme y me cambian de ropa y me sitúan en una caja, encima de un túmulo. Dejan la habitación limpia de muebles, que trasladan a otro lugar. Solamente permanece el espejo ovalado, cubierto a medias por las cortinas que de noche cerrábamos sobre la puerta del balcón.

En ese espejo me había contemplado, de pequeño, al lado de mi

madre, y años después había visto mi rostro de joven. Más tarde había reflejado la cara de mi mujer y la mía y ante él habíamos sostenido en brazos a nuestro hijo. Era como un álbum fotográfico que mostrara únicamente huidizos retratos ovalados, con cierto aire antiguo.

Una mosca se posa en ese espejo, admirándose la panza oscura, olisqueando, deslizándose por el cristal helado, bebiendo imágenes plateadas.

No he perdido la esperanza de que a última hora se les ocurra registrarme. O de que cojan el pañuelo y entonces salga, que cojan el pañuelo para pasármelo por el semblante, por la frente, por los labios. Pero no se aproximan. Infundo respeto o repugnancia. No sé, acaso se trata de una elemental reacción de defensa ante el abismo.

El espejo, el espejo. Estaba pensando en el espejo. ¿Quiénes se han visto allí antes que nosotros? ¿Quiénes se verán? Me gustaría quedarme al otro lado de esa especie de ventana, junto con toda la gente que está ahora definitivamente ahí, a ese otro lado, el mío actualmente, y asomarme al futuro, descubrir al menos una porción modesta de porvenir.

Olvidaba mencionar que mi hijo me ha quitado, hace un rató, el cinturón que me sujetaba la mandíbula y las monedas que mantenían cerrados mis ojos. Me ha dado la impresión de que lo ha hecho con temor de que, repentinamente, se me abriesen los ojos y la boca para siempre.

Estoy agotado. Quisiera dormir dentro de este sueño. Que todo finalizase pronto. desconozco por qué hablo todavía de «siempre» y de «sueño».

En la salita inmediata varias personas acompañan a mis familiares. Hablan poco. Toman café por hacer algo, para ganar tiempo. Continuamente estamos ganándolo, perdiéndolo en realidad.

Oscurece. Han abierto el balcón para ventilar el dormitorio. Se oyen, distantes, las voces de unas niñas que cantan:

«¡Qué hermoso pelo lleva!... ¡Caribí!
¿Quién se lo peinará? ¡Caribí, hurí, hurí, hurá!
¿Quién se lo peinará?»

Encienden la lamparilla del rincón. La luz amarillenta ilumina

parte de una pared; las restantes y el techo muestran un extraño color verdoso.

Hace frío. Caen unas ligeras gotas de lluvia. Vienen y entornan las puertas del balcón.

¿Comprarán algo con esas monedas? ¿Las guardarán como recuerdo?

La lámpara central es de color naranja y está apagada. La mosca duerme ahora en el cordón. Sospecho, sin embargo, que intermitentemente abre los ojos y me mira. ¿O tiene los ojos siempre abiertos?

Aparecen unos novios. Solía encontrarlos al anochecer, en el portal o paseando por la calle. La novia vive en esta misma finca. ¡Pobre don Miguel!

No saben qué decir. Ella reza: «Padre nuestro que estás en los cielos...» El le da un beso y la novia ríe nerviosa.

— ¡Qué haces! Aquí, no. No está bien.

— Seguro que no le importaría. Vámonos ya.

— Espera un poco.

Acaba el rezo. Es un murmullo confuso que termina en un amén apresurado.

Me quedo nuevamente solo, rodeado de mutismo, de luz tenue. Mi tía Vicenta decía que a los muertos no se les debe dejar solos. Yo, aun así, prefiero que no me miren de cerca, que no me analicen, que no me vigilen como a un monstruo engorroso e insólito a punto de desvanecerse.

Ha venido poca gente. No se habrán enterado todavía, posiblemente. Juzgaba que tenía bastantes amigos, pero quizá no sea cierto. Mi amigo José, además, no va a ver a los muertos. Dice que no puede, que para qué. Por otra parte, mi amigo José también ha muerto, hace un año, y yo fui a verle pero no entré, y me quedé en la puerta del dormitorio, sin saber qué hacer, recordando cómo era, cuánto tiempo llevábamos sin encontrarnos, que su perro, Boira, había muerto igualmente, de viejo, casi ciego, torpe, lastimosamente.

Escucho, menos alejadas en esta ocasión, las voces de las niñas:

«La caja era de oro... ¡Caribí!
La tapa, de cristal... ¡Caribí, hurí, hurí, hurá!
La tapa, de cristal...»

¿Y el gato? Carovius no me abandona ni un instante. Ha jugado al principio, como todas las noches, con el fleco de la cortina; luego se ha situado debajo de la caída y asoma por allí, de vez en cuando, su único ojo. Quizá imagina que voy a despertar en cualquier momento.

No, no había podido decirlo y ahora es tarde, seguramente. Supongo que no hay remedio. Tengo que reflexionar en otra cosa, arrinconar ese asunto.

Hace algunos años aprendí las primeras páginas de un diccionario, durante una enfermedad. Es sorprendente que todavía recuerde las palabras iniciales: «A, aaronita, ab, aba, abab, ababa, ababol». A veces he utilizado esa serie de palabras para dormirme, como si contara ovejas. Las palabras saltaban una después de otra «abedul, abeja, abejar, abejarrón, abejaruco, abejeo»...

«Cantando el pío pío... ¡Caribí!

Cantando el pío pa... ¡Caribí, hurí, hurí, hurá!

Cantando el pío pa...»

Durante horas debo haber dejado de pensar. De pronto me he dado cuenta de que ha amanecido. Y vienen de nuevo a verme, caminando de puntillas, temiendo desvelarme. La habitación sigue en penumbras. Lo prefiero así, que no me gustan estos espectáculos a plena luz.

Me parece que estoy llenándome de bichos; soy consciente, no obstante, de que es imposible.

De pequeño metí unas hormigas grandes y tierra del río en un bote de cristal con tapa de aluminio. Hice unos agujeros en la tapa, unos agujeros pequeños, con un clavo delgado como un alfiler. Puse azúcar sobre la tierra y poco a poco las hormigas fueron perforando túneles, largos pasillos que de trecho en trecho podían ser observados a través del vidrio. Cogían los granos de azúcar y los transportaban al interior. Recuerdo que en la superficie, al otro lado del azúcar, depositaban los restos de su comida o acaso partículas sucias de la tierra. Las hormigas iban y venían incesantemente, recorriendo las arterias del bote.

No sé si huelo mal. De repente noto que me han colocado unos tapones de algodón en los orificios de la nariz. Ignoro cuándo lo habrán hecho.

No, no he podido decirlo, y ahora tampoco puedo. Está en el bolsillo del traje con el que me han vestido para esta ocasión, del traje más nuevo que tenía. No se les ha ocurrido registrar ese bolsillito donde se mete el pañuelo que asoma una punta. Lo guardé hace unas semanas allí, en el fondo.

Ha sido volviendo a casa cuando he visto la lista de premios. Y en el ascensor sufrí el ataque, llegando a mi piso. Nada he podido, pues, hacer. Y es una lástima. Nunca hemos tenido dinero, y menos en esa cantidad. Se trata de una broma del destino, sin duda. Pero también es curioso que se pueda obtener fortuna de esa manera. Inmoral, evidentemente. Pero eso no importa ya. Todo ha acabado o está acabando.

Sea lo que sea, seguro que ha ocurrido lo mismo muchas otras veces. Ni siquiera tengo el consuelo de resultar original.

Entra mi mujer y me llama. Está sollozando. Me da un beso en la frente. Mi hijo y mi sobrina me llevan con premura a mi esposa.

Vienen unos hombres vestidos con guardapolvos grises y cierran el féretro. Son las once de la mañana, más o menos. Por un instante me ha invadido la sensación de que se dan demasiada prisa en enterrarme, pero debo estar equivocado. Desvarío, indudablemente.

No oigo nada y voy perdiendo la facultad de pensar o de creer que pienso. Aunque lo fundamental no es eso. Lo esencial es que quería hablar de otra cosa, no recuerdo de qué, de algo importante para mí o mi familia, de algo importante para alguien, trascendental, decisivo.

Y ahora todo es un agujero oscuro de silencio espeso y sofocante.

puede amar ~~vaya~~ ~~reunión~~

apenas

que

han

pues algo se

Cristina 8

mi hermana 70 no

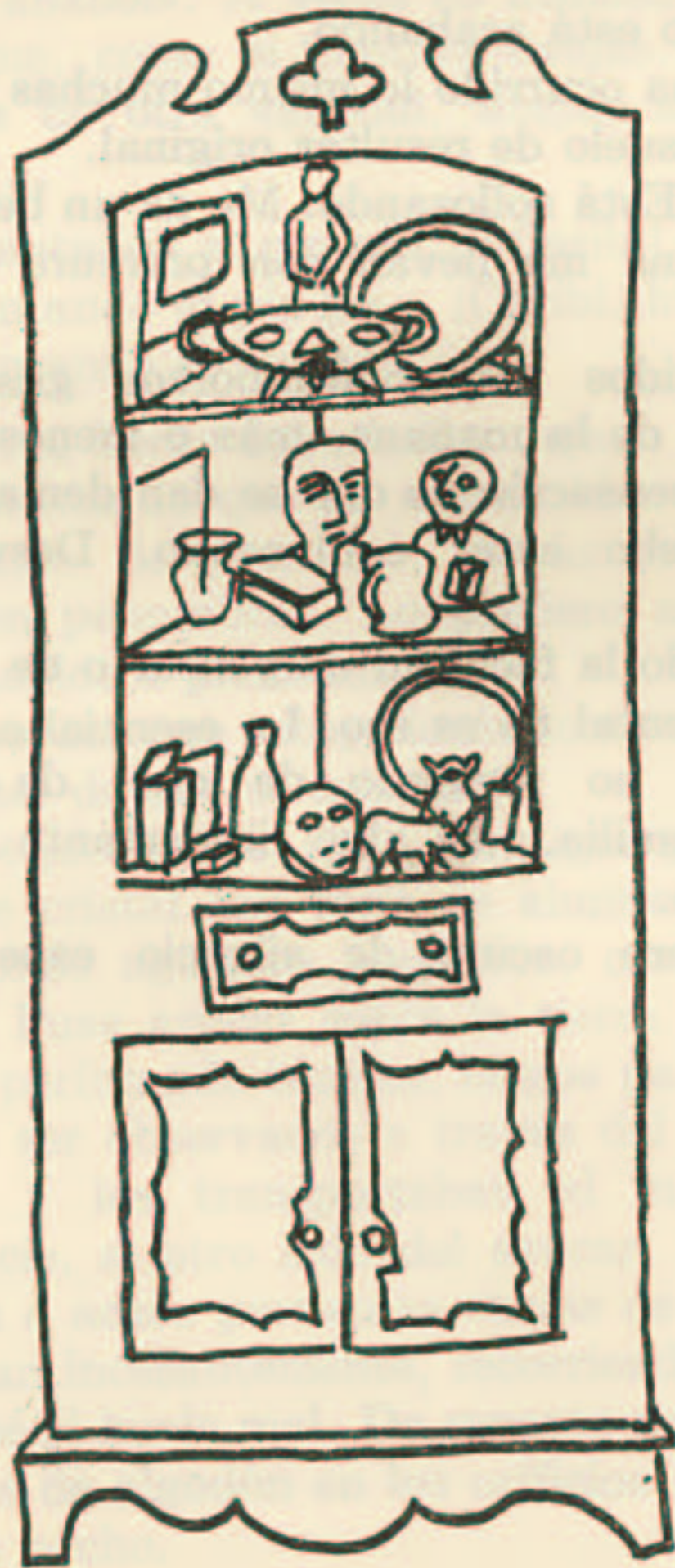
apenas 6

casi no 7 puedo respirar,

así fui 20 hace unos años, al fin con un pa-
redado, sobrevive Cristina 7
me espilla la ropa, y
junto al ~~teléfono~~

brillándole

aunoro



Premi València
Literatura 1981



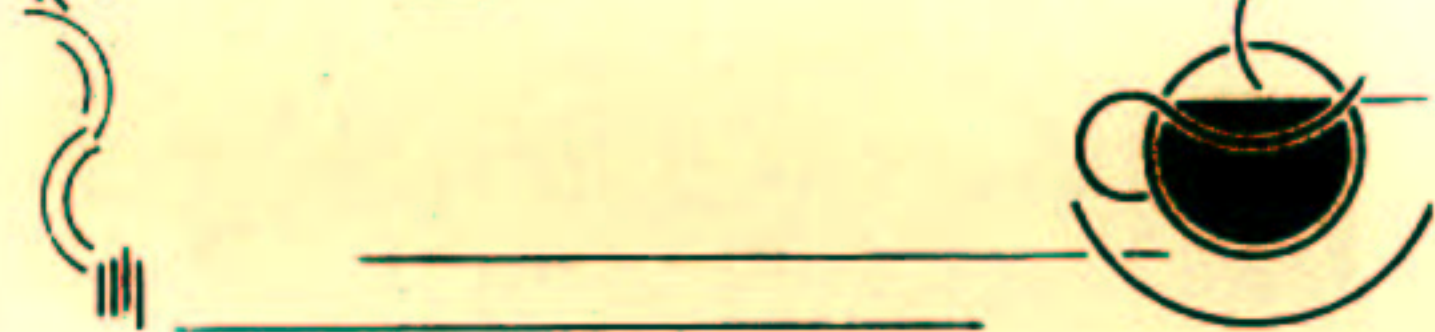
DIPUTACIÓ PROVINCIAL DE VALENCIA

Boro Miralles

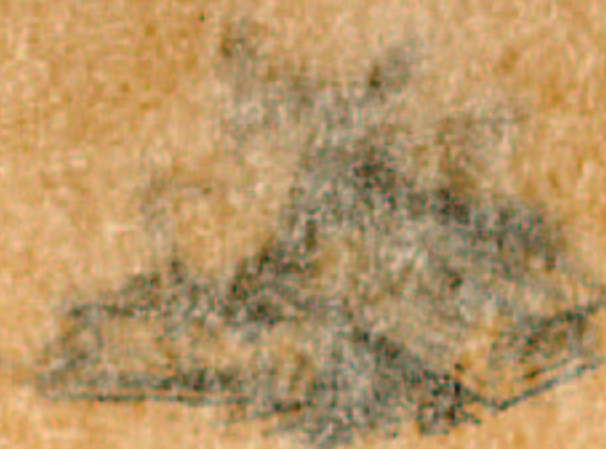


Disseny de portada: Pòla Simó

CAFÉ
MALVARROSA



Ruiz de Lihory
VALENCIA - 3



De estos dos relatos de Ricardo Orovio
y Vicente Muñoz Sany se editaron
cuarenta ejemplares en la
impresión de M.M.
de
VALENCIA

CAFÉ
MALVARROSA



Ruiz de Lihory
VALENCIA - 3



De estos «Dos relatos» de Ricardo Orozco
y Vicente Muñoz Suay se editaron
quinientos ejemplares en la
copistería OCMO
de
VALENCIA